

## ¿De qué hablan los juguetes eróticos?

Lisbeth Sal y Pascal Levy

En un taller sobre el tema de las brujas propuesto por uno de los(as) autores de este artículo (Sal, 2010), el debate se dirigió hacia los juguetes eróticos (*sex-toys*). Esta digresión completamente imprevista, probablemente emprendida a partir de una reflexión sobre la escoba como objeto de la bruja y símbolo fálico evidente, nos convenció del interés de tratar el asunto por sí mismo. La problemática que había aparecido en la discusión y que había provocado el debate era la oposición entre, de una parte, los juguetes eróticos considerados como fenómeno emergente alrededor de la legitimación del placer femenino, del gozo para sí y de la autonomía, por tanto portadores de una dinámica emancipadora y, de otra parte, una crítica de la mercantilización del deseo y del placer, una recuperación por el capitalismo generadora de artificios y de falsas pistas, de una emancipación engañosa.

Esta problemática ha sido nuestro punto de partida pero, tras algunas lecturas y sumergiéndonos en el universo de los *sex-toys*, nos hemos apercibido de que este eje era demasiado restrictivo dada la gran diversidad de cuestionamientos, de posibilidades y de terrenos de reflexión que abren estos pequeños objetos.

En este texto pues, nos proponemos ir bastante más allá.

En las sociedades occidentales, los *sex-toys* son un fenómeno social emergente a una escala de masas. Pero ¿de dónde vienen?, ¿cuál es su origen? ¿En qué espacios de sexualidades transgresoras han sido utilizados antes, con qué significados, qué evoluciones y por qué? La novedad es que el fenómeno de masas en curso se dirige particularmente a las mujeres. Si hoy parecen emerger nuevos desarrollos y nuevas prácticas, que podrían comportar modificaciones importantes de la sexualidad de los hombres heterosexuales, la falta de perspectiva y de datos no permite aún un análisis muy preciso de estos cambios y el desfase de temporalidad mismo nos parece señalar que los *sex-toys* nos dicen en primer lugar algo del placer femenino. Pero no es todo: nuevos marcadores de las normas de género y de sexualidades, permiten también abrir la reflexión sobre la relación entre los cuerpos y las tecnologías y el lugar de estas últimas en las sexualidades y su construcción.

Al final, al menos tanto como hablar de los *sex-toys*, vamos a preguntarnos de qué hablan los *sex-toys* y de lo que nos dicen de las sexualidades en las sociedades occidentales de los dos últimos siglos, de lo que nos dicen sobre la forma en que nuestras sociedades construyen las sexualidades y las normas de comportamiento sexuales, las jerarquías en estos comportamientos, una

idea de lo que es sano o malsano, legítimo o ilegítimo. Para esto, vamos a comenzar con una pequeña vuelta por la historia médica del vibrador en el siglo XIX. Veremos luego las diferentes reapropiaciones políticas de los objetos de la sexualidad en el siglo XX y, en fin, nos interesaremos por la aparición del fenómeno de masas de los *sex-toys* al alba del siglo XXI y por sus aspectos contradictorios.

**Orgasmo médico y construcción de las sexualidades.** La existencia de los *olisbos* (“*imitación del miembro viril en madera o en cuero relleno que había que untar generosamente con aceite de oliva antes de usar*”) es conocida desde el siglo III antes de JC en Asia Menor (Preciado, 2000, p. 145) y la palabra *godemiché* [*de significado equivalente en francés*] aparece en los diccionarios de la época moderna. Podríamos pues remontarnos muy lejos y discutir sobre lo que los objetos de las sexualidades nos dicen de las prácticas y de las representaciones en esos momentos, pero esto nos llevaría mucho más allá de los límites de este artículo. Nos contentaremos por tanto en lo esencial con remontarnos al siglo XIX, período bisagra en la constitución de las sexualidades modernas pero también -lo que no es una casualidad- momento de la invención del vibrador electromecánico tal como lo conocemos aún hoy.

En lo referente a la historia del vibrador y del tratamiento de la histeria, seguiremos a Rachel P. Maines (2009), una historiadora americana de las técnicas y en particular su obra *Tecnologías del orgasmo, el vibrador, la histeria y la satisfacción sexual de las mujeres*. Para ella, la historia de la invención del vibrador se confunde con la de la histeria y su tratamiento. Desde la antigüedad, la histeria es construida como una enfermedad paradigmática de las mujeres, consecuencia presumida de la hinchazón de un útero que se desplaza por el cuerpo bajo el efecto de humores que no consigue evacuar. Se trata, pues, no sólo de una patologización del cuerpo de las mujeres concebido como un cuerpo malsano e incompleto, sino también -más precisamente- una patologización del deseo sexual femenino.

Los síntomas de la histeria tal como son descritos, en particular, en innumerables y muy serios manuales médicos a lo largo de toda la época moderna son inequívocos. Rachel P. Maines (2009, p.53) evoca

la naturaleza difusa pero decididamente sexual de la histeria en el sentido prefreudiano, tal como la pudieron concebir las autoridades médicas de la Antigüedad, de la Edad Media, del Renacimiento y de los tiempos modernos. Numerosos de sus síntomas clásicos caracterizan igualmente la excitación sexual crónica: la angustia, la falta de sueño, la irritabilidad, el nerviosismo, los fantasmas eróticos, una sensación de pesadez en el abdomen, el edema pélvico, la lubricación vagina.

La histeria es, por otra parte, explícitamente la enfermedad de las mujeres sin hombres: mujeres jóvenes todavía no casadas, viudas, religiosas, etc. Puede

también atacar a las mujeres casadas, pero la medicina estima entonces que la mejor medicación está en el “comercio carnal” con el marido. Aconsejaba también el galope a caballo y, en el siglo XIX, los viajes en tren, en una época en la que las vibraciones de las locomotoras a vapor estaban muy lejos del confort muy aséptico de los AVE modernos.

Si estas soluciones no bastan, el médico practicará masajes de la zona pélvica hasta la obtención de un “*paroxismo de la crisis histérica*”. En el siglo II después de JC, Galeno describe el tratamiento en un texto que será un clásico de la medicina hasta finales del siglo XIX:

ocurrió que, en parte como consecuencia del calor de estos remedios, y en parte por los tocamientos que la medicación necesitaba en los órganos genitales, aparecieron espasmos acompañados a la vez de dolor y de placer, parecidos a las sensaciones que se experimentan durante el coito, y a consecuencia de los cuales ella produjo un esperma espeso y abundante; a partir de entonces se vió libre de los males que sentía (Maines 2009, p. 75).

Por decir las cosas más claramente, para responder a la patologización del deseo sexual de las mujeres, la medicina provoca, bastante lógicamente, orgasmos médicos.

El siglo XIX es el gran siglo de la histeria. Primero, probablemente, porque el desarrollo de la urbanización y de la sociedad industrial facilita el acceso a la técnica médica para numerosas mujeres urbanas. Pero también porque se construye en este período-bisagra un discurso que, más fuertemente aún que en todos los períodos precedentes, enmarca la sexualidad. La medicina reemplaza progresivamente a la Iglesia en la definición de las prácticas lícitas e ilícitas pero estas dos potencias están de acuerdo en lo esencial: la única buena sexualidad -particularmente para las mujeres- es la conyugal y con el objetivo reproductivo, vaginal, y la masturbación (volveremos sobre ello) debe ser severamente reprimida. Tanto como decir que los deseos femeninos que se expresan en los síntomas histéricos no están cerca de ser satisfechos sin el socorro de la medicina.

A lo largo de todo el siglo XIX, el tratamiento de la histeria femenina es pues uno de los grandes temas de la medicina, estimando un médico francés que el mal afecta a la cuarta parte de la población femenina (Maines 2009, p. 94). Para mejorar pero también, sobre todo, simplificar los tratamientos, se contemplaron sucesivamente numerosas soluciones. Hidroterapia con la utilización de fuertes chorros de agua en paralelo al desarrollo del termalismo e incluso vibradores activados por máquinas a vapor que equipan algunas consultas médicas. Pero es la invención del vibrador electromecánico lo que va a revolucionar el tratamiento de la histeria. Cuando eran precisos entre treinta minutos y una hora de masajes atentos del médico para desencadenar el “*paroxismo de la crisis histérica*”, el mismo resultado era ahora obtenido en algu-

nos minutos, entre cinco y diez, con un aparato eléctrico de un coste moderado. Con el vibrador eléctrico, la histeria -que era ya un muy buen asunto para la medicina- se convierte en una gallina de los huevos de oro: una enfermedad de la que no se cura nunca pero de la que tampoco se muere y cuyos tratamientos son suficientemente agradables como para que las enfermas tengan ganas de volver a menudo...

Sin embargo, muy rápidamente el vibrador abandona la consulta médica para convertirse en un objeto de consumo corriente. Cuando la electrificación de las familias americanas progresa a una velocidad fulgurante, el vibrador figura en lugar destacado de los catálogos de objetos electrodomésticos desde los primeros años del siglo XX. Entre la batidora y la aspiradora, proclama promesas que a penas eufemizan su destino real. Una publicidad aparecida en 1913 en el American Magazine para el vibrador White Cross anuncia por ejemplo:

La vibración es la vida. Os quitará años como por arte de magia. Cada nervio, cada fibra de vuestro cuerpo se estremecerá por el despertar de vuestra energía. Sentirá los vivos placeres y todas las alegrías de la juventud pulsar en usted. Una sangre roja y rica correrá en vuestras venas y comprenderá plenamente lo que es la alegría de vivir. Su autoestima se verá centuplicada por ello (Maines 2009, p. 191).

Durante un corto período, de 1905 a 1925 aproximadamente, el vibrador entra en los hogares como uno de los objetos normales del ama de casa americana. Desde 1920, hace su aparición en el cine pornográfico y rápidamente desaparece de los catálogos. ¿Quizá porque el pretexto médico se convierte en una tapadera muy transparente ante un uso ahora claramente sexual? Quizá porque el vibrador electromecánico, de herramienta médica comienza a convertirse en lo que es hoy completamente: un juguete erótico.

**La masturbación y la disciplina de los cuerpos.** En el mismo período en que el tratamiento de la histeria se desarrolla en las consultas médicas, otra práctica sexual es objeto de represión importante. La masturbación aparece en el siglo XIX como uno de los grandes males que la medicina no puede tolerar. Numerosos tratados médicos describen así los riesgos que acechan a los y las amantes de placeres solitarios. A causa de ellos, los hombres pierden su virilidad mientras que las mujeres se convierten en “*marimachos*”. La masturbación es pues acusada de producir variaciones en las normas de género y de corromper así la buena marcha de la reproducción (Dorlin y Chamayou, 2005). Pero lo que plantea problema en el onanismo, más aún que el placer mismo, las prácticas o incluso el carácter no procreativo del acto, es la relación con el objeto del placer, consigo mismo y su propio imaginario. “*Un goce es llamado contra natura cuando el hombre no está excitado en él por el objeto real, sino por la representación imaginaria de éste, es decir de forma ina-*

*propiada, creando él mismo el objeto*”, dice Kant ya en 1797 (Dorlin y Chamayou, 2005).

El tratamiento de los masturbadores y masturbadoras moviliza las técnicas más modernas: industriales como Kellogs o Grahams se convierten a la vez en productores de equipamientos (cinturones de castidad, etc.) para intentar impedir la masturbación, de vibradores médicos utilizados en el tratamiento de la histeria y, por supuesto, de cereales para el desayuno (Preciado, 2000, p. 78).

Pero nada parece impedir el desarrollo de la epidemia:

Para el onanista, hay siempre una falla que explotar, un intersticio en el que deslizarse, siempre un espacio, por pequeño que sea, que hacer jugar para poder frotarse y gozar. (...). El arte de la masturbación es un arte de la apropiación y del desvío. Todos los objetos de alrededor son susceptibles de ser extraídos del contexto de su uso normal e insertados en una nueva relación (Dorlin y Chamayou, 2005).

Por consiguiente, los médicos se encuentran incapaces de reprimir/impedir la masturbación, aunque algunos lleguen hasta la promoción de la ablación del clítoris.

A la vez que la medicina produce orgasmos clitoridianos para aliviar a sus pacientes presuntas histéricas y medicaliza la gestión del deseo y del placer femenino, organiza la represión de la masturbación. Lo que es sano y legítimo en la consulta del médico se convierte en malsano, desviado y perverso en la soledad del tocador o del dormitorio. Es claramente la construcción de una disciplina de los cuerpos y de los deseos, de un saber creador de verdad sobre el sexo, lo que moviliza todos los recursos de la tecnología para anclarse en la verdad de los cuerpos.

Esta nueva verdad sobre el sexo construye a la vez comportamientos y categorías, una delimitación de lo que es vivido en y fuera de la sexualidad, de lo que es legítimo o no, así como una jerarquía de esas legitimidades. Más que prohibiciones, se trata aquí de la interiorización de normas sociales y de controles sociales que definen lo natural y lo sano, lo malsano y lo contranatura. En la cúspide de esta jerarquía: la práctica del coito vaginal en el marco de la sexualidad conyugal heterosexual y monógama. Rechazados a los bajos fondos y la ilegitimidad: las homosexualidades, las prácticas solitarias o en grupo, la utilización de los objetos, todo al menos fuera del marco médico. Cuando el peso de los discursos y de las prohibiciones religiosas retrocede en sociedades occidentales fuertemente laicizadas, es toda una nueva lógica de producción de las sexualidades la que se pone en pie, de la que el siglo XX es el heredero directo y que marca aún fuertemente nuestra época. Las tecnologías se vuelven centrales en la producción de las normas y de las sexualidades y, a cambio, el acceso a esas tecnologías de producción de la sexualidad está estrictamente reglamentado por la interiorización de las normas. No es probablemente anodino constatar que muchas de esas tecno-

logías reaparecerán resignificadas y reapropiadas como vibrador o utensilios de diferentes sexualidades.

**Tecnologías del género, cuestionamientos, inversiones, resignificaciones.** El discurso sobre las prácticas sexuales construye no solo su legitimidad o su ilegitimidad y en una gran medida las propias prácticas; construye también a través de ellas la definición de lo que es un hombre y una mujer. No es por casualidad si la principal amenaza que pesa sobre quienes se masturban consiste en perder las características asignadas a su género. En el centro de la normalización de las prácticas sexuales están también la construcción y la reproducción de un sistema sexo/género que hace hombres y mujeres, y encarna la dominación de género en un estricto reparto de los roles sexuales.

A los hombres el activo y la exterioridad, a las mujeres el pasivo y la interioridad. El cuerpo de las mujeres es apropiado, abierto y penetrado, el cuerpo de los hombres penetrante, cerrado y de orificios inviolables. Lo que da fuerza a esta construcción, es la ilusión de lo natural que resulta del discurso médico y esencializante. Los objetos del sexo –vibradores, arneses o falos con cinturón, fustas, látigos o esposas- son particularmente censurados porque revelarían esa superchería fundadora. Si el vibrador es más eficaz que el coito vaginal heterosexual para producir el orgasmo femenino, si lo hace mejor que el pene y permite intercambiar roles y posiciones, ¿qué queda de la sacrosanta complementariedad de los roles heterosexuales? ¿Qué queda de la masculinidad fundamental, pilar del orden natural y social?

En el siglo XX, los artículos de sexo reaparecen pues en los márgenes y zonas de sombra de la sexualidad. Es cierto que los años 1970 ven la aparición de los *sex-shops* y la vuelta de los vibradores a los catálogos de los grandes circuitos de venta por correspondencia y la publicidad de la prensa popular francesa. Pero es bajo la apelación tímida de aparatos para masajear y “*nadie promete el orgasmo inmediato: al contrario, volviendo a los orígenes médicos, prometen –no engañando a nadie- buena salud y mejora de la circulación sanguínea*” (Coulmont, 2006). Esta vuelta no suscita apenas oposiciones sino las de los sexólogos que temen que las vibraciones, demasiado eficaces, desequilibren “*la maravillosa balanza de los orgasmos conyugales*” (Coulmont, 2006), pero las prácticas siguen siendo discretas cuando no decididamente inconfesables.

En cuanto a los *sex-shops*, si se generalizan muy rápidamente a favor de la liberalización de comienzos del decenio de 1970, son inmediatamente rechazados por un marco legislativo muy estricto a un ghetto sexual que crea más bien una imagen de frustración y de algo malsano que de liberación y, al final, tiende a reforzar la jerarquización de las legitimidades sexuales.

Pero como todo orden social, el orden sexual heredado del siglo XIX crea su propia contradicción al mismo tiempo que él mismo, como condición misma de su existencia. Los objetos sexuales resurgen pues pero en el seno de

las culturas sexuales más estigmatizadas, particularmente lesbianas y BDSM<sup>1</sup>, como tecnologías reapropiadas, *resignificadas*, creadoras de saberes autónomos sobre el sexo.

Con el feminismo pro-sexo de los años 1980-90 que emerge en particular alrededor de grupos políticos de lesbianas S/M como Samois en San Francisco, con Gayle Rubin y Pat Califat y luego los movimientos y las teorías *queer*, las prácticas se politizan, convirtiéndose en otras tantas posiciones de enunciación que revelan el carácter construido, paródico y performativo del género, del sexo y de las sexualidades. En las prácticas BDSM, son los objetos de la represión, del poder y del dolor los que son reinvertidos y revisitados. Si lazos, látigos, esposas y cinturones de castidad se convierten en objetos de placer en el marco de una práctica contractualizada y consensual, entonces es la mirada sobre el poder mismo lo que puede cambiar de naturaleza. Si un juego de roles y de poder puede ser un lugar de erotización y una fuente de placer sexual, es la plaza del poder en el corazón de la relación sexual, incluso heterosexual tradicional, lo que aparece puesto a la luz. Se puede seguir a Marie-Hélène Bourcier (2001, p. 87) cuando se pregunta

con Judith Butler en qué la repetición y la exhibición de las estructuras de poder pueden tener una fuerza performativa que no es forzosamente conservadora. Una fuerza que vendría del carácter contractual y lingüístico, no solo en la vestimenta, de las prácticas S/M. ¿No pone el S/M en evidencia el carácter performativo del poder? Un poder comprendido como performance, es decir como ‘un proceso de repetición regulado’ que es posible desnaturalizar.

El falo artificial (*gode*) ilustra que ser penetrado, penetrante y penetrable es una posición y no un hecho de naturaleza y que los roles de sexos pueden ser también fluidos y cambiantes, intercambiados y reinventados. En las sexualidades lesbianas primero, pero también gay y hetero, permite ampliar la paleta de las posibilidades y de las herramientas del placer y subvertir las figuras obligadas de la sexualidad heterosexual clásica. Cuando un cuerpo de mujer equipado de un pene lo utiliza sobre un cuerpo de hombre que se ha vuelto abierto y penetrable, las pistas del sistema de sexo/género se difuminan y las experiencias vividas se extienden. Las marcas de la masculinidad aparecen súbitamente como lo que son: construcciones políticas y por tanto discutibles. Se revela entonces que, como dice Judith Halberstram seguida por Beatriz Preciado, “*los verdaderos penes no son más que falos artificiales con la diferencia de que no se pueden comprar*” (Preciado, 2000, p. 65).

El falo artificial ilustra cómo las normas sexuales y de género pueden variar con la reapropiación de las tecnologías que las producen. Pero el *gode*

<sup>1</sup>/BDSM: Bondage-Discipline, Domination-Soumission, Sado-Masochisme [Atadura-Disciplina, Dominación-Sumisión, Sado-Masochismo], denominación moderna que reagrupa todas las sexualidades fundadas en la erotización o la estetización de juegos de roles alrededor del poder, de la dominación y del dolor.

es también una prótesis que, como la asistencia química (Viagra) u hormonal (testosterona, píldora), permite a los cuerpos liberarse de sus límites. Esta liberación se acompaña de una tecnologización del placer (Liotard, 2009), desnaturalizando completamente las sexualidades. Según Donna Haraway, autora del *Manifiesto Cyborg*, “la noción de ‘tecnología’ es una categoría clave alrededor de la cual se estructuran las especies, el género, la raza y la cultura” (Preciado, 2000, p. 107). El recurso a los objetos como útiles, y luego sus transformaciones son unas de las características de los australopitecos, luego de los homo *habilis*, *erectus* y *sapiens*. En el siglo XX, numerosos desarrollos tecnológicos llevaron a la creación de prótesis que estaban pensadas como una sustitución artificial en caso de mutilación, una copia mecánica imperfecta de un órgano vivo. A través de las prótesis, es la relación de nuestros cuerpos con las tecnologías diversas lo que está cuestionado puesto que ellas se convierten en partes del cuerpo que no son ya solo exteriores (marcapasos) (...).

El siglo XIX había movilizado diferentes tecnologías en la construcción y la naturalización de un nuevo orden sexual y de las sexualidades. La reapropiación de estas tecnologías, su movilización en el marco de prácticas sexuales radicales y en ruptura con este orden sexual permite no solo revelar las construcciones que le subtienden, sino también desnaturalizar el género, el sexo y el cuerpo mismo, contemplando a la vez la posibilidad de una infinidad de construcciones posibles.

**Entre legitimación del placer femenino, mercantilización, conminaciones y nuevas normas.** Vamos ahora a abandonar las prácticas radicales y contestatarias del orden sexual e interesarnos por los recientes desarrollos de los *sex-toys* como fenómeno de masas. ¿Se trata sencillamente de una ampliación de las mismas dinámicas y de las mismas funciones, de una recuperación por el mercado o quizá de algo más también?

Si la conquista de la autonomía, incluida la sexual, la legitimación del placer y del orgasmo femenino así como la conquista del clítoris encuentran indiscutiblemente sus orígenes en las reivindicaciones feministas de los años 1970, estos movimientos de fondo no han escapado tampoco a los expertos en marketing. Las militantes y las mujeres no son las únicas en haber encontrado en ello un interés bien comprendido: los *sex-toys* son hoy un buen negocio, e indiscutiblemente el sexo hace vender. Numerosas tiendas abren sus puertas, como *1969 -Curiosidades deseables*, a dos pasos del Centro Pompidou, cuya instalación llevó a organizaciones católicas a montar un escándalo en abril de 2011/2. Interesándose por este nuevo mercado del placer, marcas como Philips

---

2/ Con el pretexto de la ley sobre la protección de la infancia de 1987 reformada en 2007 que prohíbe “la instalación a menos de 200 metros de un establecimiento de enseñanza de un establecimiento cuya actividad sea la venta o la puesta a disposición del público de objetos de carácter pornográfico”.

desarrollan una nueva línea “Bienestar y desarrollo personal” y la revista *Stratégies* titula, el 30 de abril de 2009: “*El mercado de los juguetes eróticos parece beneficiarse de la crisis*”, evocando incluso sitios de venta por internet cotizados en bolsa como Beate Uhse. Algunos proponen aceites de masaje sexy sin parabén y juguetes eróticos a pilas recargables para las eco-bio.

Las vías del mercado son a veces muy extrañas. Así, cadenas de tiendas de productos eróticos han reinventado el concepto de reuniones *Tupperware*, reclutando ejércitos de embajadoras pagadas a comisión en un sistema muy rodado para movilizar sus redes de conocidas en reuniones privadas de presentación a domicilio. Si parece conocer un cierto éxito, el concepto da qué pensar, sobre todo cuando se sabe el cortejo de burlas y de estereotipos sexistas que el original pudo vehiculizar. Se puede entender como una ironía de la suerte, la subversión de reuniones hechas para mantener a las mujeres en las tareas domésticas, pero es cierto que esta comparación deja un gusto amargo y hace planear una duda sobre los objetivos de estos nuevos *gadgets*. Es tanto más cierto cuando el responsable de la tienda *1969-Curiosidades deseables* habla de “*instrumentos de liberación de la mujer*”. Otro antes que él lo había comprendido bien: Jean Mantelet, patrón de Moulinex cuando, en 1960, lanzaba una campaña de publicidad con el mismo eslogan...

Entonces, ¿recuperación?, ¿mercantilización de nuestros deseos y de nuestros placeres? Es cierto en cualquier caso que el capitalismo no es filántropo y que los objetivos mercantiles de algunos patronos no tienen nada que ver con los de la emancipación. Nos parece sin embargo que la cuestión debe ser formulada de forma diferente. Que el mercado tenga interés y ponga todos los medios disponibles para hacer ganancias con los cambios sociales es una evidencia que no nos dice nada sobre la significación y el carácter de estos cambios. Se puede incluso ir más lejos y seguir a Gayle Rubin que cita *El Capital* para afirmar -en otro contexto- que

en ciertos límites, el propio Marx consideraba el mercado como una fuerza revolucionaria. Para él, el capitalismo destruía poco a poco la superstición, los prejuicios y las organizaciones sociales precapitalistas: ‘De ahí la importante influencia civilizadora del capital que permite un estado de la sociedad netamente superior al de las formaciones sociales anteriores, justo capaces de producir simples progresos locales y la idolatría de la naturaleza’. Impedir al sexo beneficiarse de los efectos positivos de la economía de mercado no es verdaderamente una posición socialista (Rubin, 2011a, p. 173).

Después de todo, los principales vectores de la cultura hoy son industrias y bien pocos escapan a las lógicas del mercado, se trate de la edición o, por supuesto, del cine. Esto no quiere decir que esto no plantee ningún problema y no deba plantearnos cuestionamientos. Pero sin duda nuestra crítica estará mejor informada si se interesa precisamente por el contenido, más que si decide un rechazo en bloque.

**Resignificación y emergencia de nuevas formas: ¿los juguetes eróticos en auxilio de la pareja heteromonógama?** Es pues sobre el contenido, el discurso y el sentido planteado por y alrededor de esos nuevos juguetes eróticos sobre lo que vamos a discutir.

La masificación del fenómeno juguetes eróticos se acompaña de modificaciones del propio objeto así como de sus circuitos de distribución. Las nuevas tiendas del sexo, principalmente dirigidas a una clientela femenina no se titulan ya *sex-shop* sino más bien “*love store*” o ponen en primer plano una imagen “*sexy*” más que sexual.

El sociólogo Baptiste Coulmont (2006) señala sobre este punto:

menos evidente, pero quizá más interesante es la voluntad, poderosa, de separar estos gadgets de la ‘pornografía’, de rechazar el porno hacia lo sucio, lo malsano, el ataque a la dignidad humana ... y realzar el objeto ‘sexy’ hacia lo sano, lo hermoso, lo ético.

“Se rechazaba vender representaciones básicas del pene. Eso ni se discutía, me declara una antigua responsable. “*Busco objetos no figurativos*” propone otra. “*Para las mujeres, el sexo es vendido como conjunto de elementos de moda y de diseño mucho más que como conjunto de publicaciones (...): la pornografía sigue siendo problemática*”, escribe la socióloga Feona Attwood”. Estas tiendas que abren son *sex-shops* remodelados (Guyot, 2010) concebidos como “*anti sex-shops*” en los que las mujeres deben sentirse a gusto. Es así como el rosa bombón hace su aparición en los *sex-shops*. Se trata de hacer de ellas unas tiendas “femeninas” que venden objetos “femeninos”.

La semántica de los propios objetos evoluciona en la misma lógica (Azéma, Cardoso y Monjou, 2010). Las nuevas generaciones de juguetes eróticos utilizan muy frecuentemente formas y colores que evocan un pequeño animal de compañía o un *gadget* tecnológico y se sitúan en un registro de lujo o lúdico. En todos los casos, construyen un discurso muy desexualizado, evitando toda representación directa del sexo.

Una nueva tendencia podría incluso marcar una vuelta a los orígenes médicos del vibrador puesto que la marca Durex emprende la comercialización de juguetes eróticos homologados por ginecólogos y sexólogos que serán vendidos en parafarmacias y farmacias (Castéra, 2006).

Los *sex-toys* deben ser comprendidos no solo en sí mismos, sino también a través del discurso que es producido a su alrededor. Defendido por campañas de publicidad que alaban los productos y explicitan sus promesas, o por el discurso mediático, en este caso principalmente el de las revistas dirigidas a las mujeres, este discurso nos parece siempre ambivalente, a la vez portador de elementos de liberación -volveremos sobre ello- pero también en gran medida conminatorio y portador de *renormalización* de las cuestiones sexuales.

Por otra parte, casi exclusivamente dirigido a las sexualidades hetero, este discurso posiciona también muy fuertemente el uso de los juguetes eróticos en

la pareja monógama y la conyugalidad tradicional. El *love store Passage du désir* presenta por ejemplo como uno de sus productos estrella un kit *Un año de desarrollo sostenible de la pareja* que propone juegos 52 semanas de romance+52 semanas de noches golfas y está subtítuloado: “*Kit especial `Paz de las parejas`*”.

Los *sex-toys* se insertan ya en un discurso sobre la sexualidad conyugal obligatoria. Los 14 de febrero, día de San Valentín o también en las fiestas de las madres, las ventas suben enormemente<sup>3/</sup>. Se inscriben en un contexto en que se trata de tener buenas prestaciones y en el que “gocemos sin trabas” se ha convertido en un imperativo, lo que numerosas revistas femeninas revelan regularmente. Los juguetes eróticos no son solo útiles eventuales para el orgasmo posible, se han convertido en objetos que garantizan ese orgasmo individual o a dos.

Además, el recurso a las reuniones *Tupperware*, mayoritariamente frecuentadas por mujeres y eventualmente parejas, nos lleva a emitir la hipótesis de una renovación en la continuidad de gestión de la pareja heteromonógama por las mujeres, un poco como si la gestión del hogar debía continuar incumbiéndolas por el prisma de la sexualidad de la pareja. En efecto, los *sexshops* eran antes mayoritariamente frecuentados por los hombres para sus placeres propios fuera de la sexualidad de la pareja. Hoy, los *sex-toys* están dirigidos a las mujeres para ellas individualmente, pero para la pareja también.

Todo ocurre como si la masificación del fenómeno juguetes eróticos y el discurso que, conlleva se posicionara en una dinámica de reconstrucción de un modelo de la buena sexualidad, es decir conyugal, monógama, forzosamente desarrollada y con orgasmos simultáneos obligatorios, con juguetes eróticos pero sin pornografía. Planteamiento contradictorio, esta nueva norma sexual se construye, por una parte, sobre un modo que no es ni menos conminatorio ni menos opresor para las y los que no se reconocen en él, pero por otra parte se construye sobre la legitimación del deseo y del placer femenino, lo que evidentemente no se puede lamentar.

**Legitimación del placer femenino.** Uno de los momentos clave en la legitimación social de los juguetes eróticos es su aparición en la serie-culto americano *Sex and the city* (*Sexo en Nueva York*), a comienzo de los años 2000. No solo el episodio ha tenido una repercusión mediática colosal y hecho entrar el “*rabbit*” -el modelo de vibrador utilizado por las heroínas- en la leyenda, sino el contexto mismo de la serie es interesante de descryptar.

*Sexo en Nueva York*, son mujeres de la “*middle-class*” americana, de perfiles, edades, profesiones pero sobre todo relaciones con la pareja y la sexua-

<sup>3/</sup> “Les cadeaux sexuels se vendent bien pour cette fête”. Datos recogidos por V. L. *Le Bien public*, 14/02/2009.

lidad bastante variadas, que discuten entre vecinas y compañeras sobre los hombres, el amor, el sexo y los juguetes eróticos. Pero *Sexo en Nueva York* es también una de las series-faro de la producción americana dirigida al gran público de los últimos decenios y que apunta particularmente a un público femenino y que propone *in fine* modelos poco subversivos. Nada aquí que huela a azufre o protesta sino, al contrario, un modelo completamente integrado en la ideología dominante.

La aparición del “*rabbit*” en la serie no dice nada sobre las prácticas sociales reales. Es en cambio muy significativa de una evolución radical de las representaciones: por primera vez, un objeto de la sexualidad es representado de forma positiva a una escala de masas, dirigido a las mujeres y representado por modelos con las que la identificación es posible para todas.

Numerosos otros elementos ilustran este desplazamiento de la frontera de las legitimidades. Nos parece que este fenómeno no solo supera ampliamente la cuestión de los objetos del sexo en exclusiva, sino que además participa de una evolución más global de las representaciones y de las prácticas, del placer y del deseo para las mujeres. Lo que los personajes de *Sexo en Nueva York* dicen es también que no es ya ilegítimo o marginal para una mujer desear, afirmar y asumir deseos. No solo recurren a los *sex-toys*, sino que hablan de ello. Y es este fenómeno de liberación de la palabra, sin duda facilitado por el aspecto “juego” del objeto, lo que también hay que subrayar en la explosión de los *sex-toys*.

Participando en la disociación que se opera en la sociedad entre sexualidad y reproducción, abren un abanico de posibilidades en materia de sexualidad. El placer, el orgasmo como fin en sí, se vuelven legítimos para las mujeres como lo eran para los hombres. Más aún, lo que permiten los juguetes eróticos, es la garantía de acceso al orgasmo femenino por sí, en una lógica de autonomía y de reapropiación de su cuerpo y de su placer.

En fin, por su forma misma, el “*rabbit*” de *Sexo en Nueva York* nos dice otra cosa importante. Este consolador vibrador está constituido de dos partes, una destinada a la penetración, la otra -las orejas del conejo- a la excitación del clítoris. Cuando este órgano esencial del placer femenino es objeto de un *black-out* (una desaparición) completo, los juguetes eróticos participan también ahí en su puesta a la luz, en su legitimación y el mejor conocimiento de su papel en el placer femenino. Desde este punto de vista, el “*rabbit*” se suma a la campaña “*Ossez le clito*” (atreveos con el clítoris) lanzada por la asociación “*Ossez le féminisme*” (Atreveos al feminismo) no solo para combatir el hecho de que el clítoris es aún ampliamente desconocido, sino también mostrando que la sexualidad y la autonomía sexual de las mujeres es una cuestión eminentemente política.

Sin embargo, nos parece prudente no dar pruebas de una confianza y de un entusiasmo inmoderado: estas evoluciones están lejos de resolver todas las cuestiones y de levantar todas las coacciones que pesan sobre la sexualidad de las mujeres, y es difícil medir precisamente las implicaciones que tienen los

juguetes eróticos en las prácticas sexuales concretas. La encuesta sobre la sexualidad de 2007 no hablaba de ello, lo que es revelador de la rapidez con la que el fenómeno se ha desarrollado. Sería interesante medir las evoluciones recientes a las que los juguetes eróticos han podido, o no, conducir o contribuir en la realidad concreta de las prácticas a una escala masiva.

Enfin, la difusión de los juguetes eróticos representa innegablemente un cambio no despreciable en la forma en que se dibuja la frontera de la legitimidad sexual para las mujeres: la apertura de un más amplio abanico de posibilidades no puede ser más que una buena noticia para los y las partidarios de la emancipación.

## **Conclusión**

Al término de este viaje, hemos visto como los juguetes eróticos aparecen en el paisaje sexual contemporáneo y las diferentes significaciones que han podido tomar en el curso de los dos siglos que hemos atravesado. Primero objetos del poder, no juguetes eróticos sino tecnologías médicas al servicio de la normalización de los deseos y de los placeres. Luego reapropiados y resignificados en sexualidades radicales que desafían el orden sexual, se convierten en un fenómeno de masas ambivalente que permite la legitimación y la autonomización del placer femenino, al mismo tiempo que participan en la reconstrucción y el reforzamiento de un nuevo orden sexual.

Tecnologías del género y del sexo, sucesivamente objetos del poder o de las estrategias de emancipación, nos han permitido ver cómo sexo, género y sexualidades son construcciones que movilizan discursos, actos y técnicas para anclarse en los cuerpos y las cabezas, y asegurar su influencia dándose la fuerza de lo natural.

Es así como se construyen lo que Gayle Rubin describe como jerarquías sexuales que posicionan las prácticas sexuales en un eje de legitimidad, de lo más ilegítimo y reprobado a la sexualidad considerada como buena, sana y legítima, cada práctica colocándose de una parte y otra de una frontera que define lo sano y lo malsano, lo bueno y lo malo, lo natural y lo contranatura.

Las dinámicas políticas que estructuran los campos del sexo redibujan y reposicionan permanentemente esta frontera. Se ha visto así cómo el uso de juguetes eróticos, o más bien de un cierto tipo de juguete erótico en el marco de una sexualidad a dos, conyugal y monógama, está pasando al otro lado de la barrera. Probablemente se podría decir lo mismo también para ciertas formas de vivir la homosexualidad. Estas renegociaciones de la frontera de las legitimidades se acompañan normalmente de un refuerzo de la norma, ciertamente redibujada y puesta al día pero tanto más coercitiva y brutal para los y las que se encuentran o permanecen fuera de ella.

A fin de cuentas, la verdadera pregunta que tenemos ganas de plantear no es saber de qué lado de la frontera debería encontrarse el uso de los juguetes eróticos. Consiste en plantear la pregunta de la legitimidad de la frontera

misma. No es ni mejor ni peor, ni más sano ni más insano tener sexo o no tenerlo, poco o mucho, solo, a dos o en grupo, en un marco conyugal o no, monógamo o no, con o sin sentimiento, con o sin objeto, etc.

Para concluir, dejamos la palabra a Gayle Rubin (2011b) que escribía en “*Le péril cuir*” en 1981: “*lo que es entusiasmante, es que el sexo, no simplemente el género no simplemente las homosexualidades, es por fin planteado como una cuestión política. El hecho de repensar las políticas del sexo ha dado lugar a algunos de los discursos políticos más inventivos desde 1970*”. Concluía con un llamamiento a dejar de “*temer la diversidad sexual*” y a comenzar a “*aprender de ella*”.

[Este artículo es el texto de una intervención presentada en el marco de la universidad de verano del Nuevo Partido Anticapitalista, Port-Leucate, agosto 2011]

<http://www.contretemps.eu/interventions/jouets-indiscrets-quoi-parlent-sex-toys>

Traducción: Faustino Eguberri para VIENTO SUR

## **Bibliografía citada:**

- Azéma, C., Cardoso, S. y Monjou, M. (2010) “Émergence du design et complexité sémantique des sextoys” *La Revue du design*. Disponible en <http://www.larevuedu-design.com/2010/10/27/emergence-du-design-et-complexitesemantique-des-sex-toys/>
- Bourcier, M-H. (2001) *Queer zones, politiques des identités sexuelles, des représentations et des savoirs*. París: Balland.
- Castéra, I. (2006) “Le sex-toy entre en ville”. *Sud Ouest*, 10/11/2006.
- Coulmont, B. (2006) “Le vibromasseur-godemiché : objet de plaisir”. *Espaces-Temps.net*, diciembre.
- Dorlin, E. y Chamayou, G. (2005) “L’objet = X. Nymphomanes et masturbateurs XVIIIe-XIXe siècles”. *Nouvelles Questions féministes*, 1, 53-66.
- Guyot, J-F. (2010) “Les sex-toys investissent le télé-achat et inspirent une marque d’électroménager”. *Infos économiques Agence France Presse*, 9/01/2010.
- Liotard, P. (2009, octubre) “La chair appareillée: l’orgasme sous assistance”. *Coloquio Robots, hybrides, cyborgs; vers une approche de la trans-humanité*. Nancy.
- Maines, R. P. (2009) *Technologies de l’orgasme. Le vibromasseur, l’“hysterie” et la satisfaction sexuelle des femmes*. París: Payot.
- Preciado, B. (2000) *Manifeste contra-sexuel*. París: Balland.
- Rubin, G. (2011a) “Penser le sexe”. *Surveiller et jouir, anthropologie politique du sexe*. París: Epel.
- Rubin, G. (2011b) “Le péril cuir”. *Surveiller et jouir, anthropologie politique du sexe*. París: Epel.
- Sal, L. (2010, agosto) *Le balai des sorcières: outil de la libération des femmes?* Ponencia presentada en la Universidad de verano del Nouveau Parti Anticapitaliste, Port-Leucate.